

pero sería injusto imputar á los Arabes la barbárie africana, porque aquellos mismos Arabes conquistaron la España é hicieron florecer en ella la más brillante civilizacion.

Un ardor insaciable de conquista religiosa arrastraba á los hijos del desierto. Se dice que el vencedor del África hizo avanzar su caballo en medio de las olas del mar, y exclamó: «¡Gran Dios! ¡Si no me viera detenido por este mar, iria hasta los reinos desconocidos del Occidente, predicaria por mi camino la unidad de tu santo nombre y pasaria al filo de la espada á las naciones rebeldes que adoran á otro dios!» La traicion llevó á los Arabes á España. Muza pidió al califa Walid que le permitiese llevar las armas y la fe del profeta á una comarca que le daban á conocer como superior á la Siria por la belleza del cielo y de la tierra, al Yemen por la dulzura del clima, á las Indias por sus flores y sus perfumes, al Egipto por sus frutos, á la China por sus metales preciosos. Parecía que se cumplia la prediccion de Mahoma: el Oriente estaba sometido, y el Occidente se abria á las armas de los conquistadores (1).

Los Arabes desembarcaron en España en la primavera del 711; al comienzo del 713 habia gobernadores musulmanes en todas las ciudades españolas próximas á los Pirineos. Esta conquista tan rápida se hizo por un puñado de Arabes y de Berberiscos (2). Los restos de los Visigodos batidos en el Guadalete eran más numerosos que el ejército de los vencedores. Hase atribuido el fácil éxito de los vencedores á las divisiones intestinas de los cristianos, á la traicion, á la decadencia de los conquistadores germanos (3). En España, como en todas partes, estas causas no fueron más que secundarias; el entusiasmo religioso fué el que realizó el prodigio. La guerra seguia siendo una guerra santa; el guerrero árabe era al mismo tiempo un creyente; el jefe del ejército era su sacerdote, daba la señal de la oracion, pronunciaba sus palabras y recordaba á los soldados los preceptos del Coran. Más de una vez se vió á un ejército musulman prepararse para el comba-

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes de España*, t. I, p. 18.  
 (2) FAURIEL (*Historia de la Galia meridional*, t. III, p. 46) dice que la masa de los conquistadores era á lo más de 50.000 hombres.  
 (3) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 515.

te ayunando de antemano; en los peligros extremos, la invocacion del nombre de Dios y del profeta hacia milagros. Un general árabe, en el momento de dar una batalla en que era necesario vencer ó morir, hizo la oracion acostumbrada, pero omitiendo el nombre del califa; sus oficiales, creyendo que esto se debia á una distraccion, se lo advirtieron. «Sabad, respondió Muza, que nos llamamos en un lugar y en un momento en el que ningun nombre debe invocarse más que el nombre del Dios altísimo» (1).

Tales eran los conquistadores de la España; se mostraron tan superiores á los vencidos por su cultura como por su heroico valor. La España nunca ha estado más poblada ni ha sido más rica que bajo la dominacion de los Arabes. Córdoba contenia un millon de habitantes, 200.000 casas, 600 mezquitas, 50 hospitales, 800 escuelas públicas y 900 baños. Contábanse 12.000 pueblos sobre las márgenes del Guadalquivir; la Andalucía entera no contiene hoy más que 800 (2). La España llegó á ser el intermedio por el cual se comunicó la civilizacion árabe al Occidente.

La ambicion de los conquistadores era tan ilimitada como el poder del Dios único que predicaban al combatir. Al decir de los historiadores árabes, el vencedor de España se proponia llevar el Coran á todo el mundo occidental y reunirse en seguida á sus compañeros en Asia, despues de haber destruido el imperio de Constantinopla (3). Este proyecto gigantesco se estrelló contra el valor de los Galo-Francos. Se ha celebrado, y con razon, á Carlos Martel, el martillo de los Sarracenos, como al salvador de la Europa. Una parte de esta gloria pertenece á los Aquitanos, que fueron los primeros que hicieron sufrir una sangrienta derrota á los sectarios de Mahoma. La batalla de Poitiers no debe hacernos olvidar la de Tolosa. El jefe árabe dice á sus guerreros: «No temais á la multitud que veis aquí; si Dios está con nosotros, ¿quién estará en contra de nosotros?» Pero la raza musulmana se hallaba en presencia de una fe no ménos inquebrantable

(1) FAURIEL, *Historia de la Galia meridional*, t. III, p. 48-50.  
 (2) VIARDOT, *Ensayo sobre los Arabes de España*, t. II, p. 82, 83.  
 (3) CARDONNE, *Historia de los Arabes*, t. I, p. 95, 96.

y de un valor no ménos grande. Los escritores árabes colocan el día de la derrota de Tolosa entre los días nefastos del islamismo; quince siglos más tarde era todavía objeto de una conmemoracion solemne. Todos los jefes perecieron; si hemos de creer á un historiador, no se escapó de ella ni un solo hombre (1).

Los Árabes reunieron todas sus fuerzas para vengar la sangre de sus mártires; encontraron en las llanuras de Poitiers á Carlos Martel con sus Francos. Escuchemos el relato de los cronistas sobre esta batalla, que es uno de los grandes hechos de la historia: «Los Francos estaban colocados como una pared inmóvil, como un muro de hielo, contra el cual los Árabes armados iban á estrellarse, sin que produjeran en él impresion alguna. Estos últimos avanzaban y retrocedían con rapidez. Sin embargo, los Germanos, poderosos por su fuerza y valor, segaban á los musulmanes con su mano de hierro» (2). Todos los historiadores saludan la victoria de Poitiers como uno de aquellos sucesos que deciden del porvenir de la humanidad: «La Europa, dice *Sismondi*, debe aún hoy su existencia, su religion, su libertad, á Carlos, el martillo de los Sarracenos» (3). Aunque no participemos del soberbio desprecio que los escritores cristianos afectan respecto de la barbárie musulmana, nos unimos á ellos para glorificar al vencedor de los Árabes. La Iglesia ha sido ingrata con el héroe que salvó á la cristiandad; la leyenda le relegó á los infiernos, porque entregó los bienes eclesiásticos á sus guerreros; la historia, con más justicia, le coloca entre los grandes hombres de la Edad Media. Carlos Martel decidió la lucha de dos razas y de dos religiones; la batalla de Poitiers dividió el mundo entre el islamismo y el Evangelio, dejando al uno el Oriente y al otro el Occidente.

Después de la batalla de Poitiers, la lucha de los Árabes con la cristiandad no tiene ya importancia; las hostilidades degeneran en bandolerismo y piratería; las conquistas cesan. *Gibbon* dice que la doctrina demasiado razonable del islamismo sobre la unidad de

(1) FAUREL, *Historia de la Galia meridional*, t. III, p. 77-80.

(2) *Chronic. Isidori, Episcopi Pacensis, ad a. 732* (DOM BOUQUET, t. II, página 721).—RODERICI TOLETANI, *Historia Arabum*, c. 14 (*Ibid.*, nota).

(3) SISMONDI, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, ch. 15.—J. MULLER, *Allgemeine Geschichte*, XII, 67.—GIBBON, ch. 51.

Dios es la única causa que ha impedido sus progresos. Digamos más bien que Dios detuvo á los Árabes con el brazo de Carlos Martel, porque el Coran se puso en contacto con una doctrina religiosa que, á pesar del elemento sobrenatural con que se halla mezclada, es superior al dogma mahometano.

### § III.—Derecho de gentes.

#### N.º 1.—Los conquistadores.

Un escritor cristiano compara la conquista árabe á uno de esos cataclismos físicos que, como los incendios y los huracanes, lo asolan todo sin dejar germen alguno de porvenir; á creerle, la invasion de los pueblos del Norte fué pacífica, si se la compara con la inmigracion de los Bárbaros del Mediodía (1). La verdad es que los Bárbaros del Norte fueron ciegos instrumentos en la mano de Dios para destruir una civilizacion decrepita y podrida; ellos mismos se consideraban como el azote de Dios. Los Arabes fueron los misioneros armados de una nueva religion, y tenían conciencia de su mision; no fué el furor de la destruccion, no fué la ambicion vulgar del conquistador la que les llevó de conquista en conquista, fué la voz del profeta la que les decia que propagáran el islamismo por el Oriente y el Occidente. Como Bárbaros semi-selvajes, los pueblos del Norte comenzaron por arruinar lo que quedaba de cultura intelectual, hasta el punto de que los siglos en que dominaron se llaman la noche de la Edad Media; recibieron de los vencidos su cultura, su religion, sus leyes, su lengua misma. Los Arabes no eran ya bárbaros cuando se lanzaron á la conquista del mundo; tenían en sí gérmenes de civilizacion que se desarrollaron con una rapidez y un esplendor tan maravilloso como sus victorias; lleva-

(1) CANTÚ, *Historia Universal*, t. VIII, p. 478. CANTÚ ha tomado de F. SCHLEGEL la comparacion de la invasion de los Bárbaros con una colonia pacífica (*Philosophie der Geschichte*, 12.ª leccion).